

## SAN FRANCISCO Y LA VETERINARIA: GÉNESIS DE UN ENCUENTRO

Luis Moreno Fdez-Caparrós  
Presidente de la AMHV  
Conservador del Museo de Veterinaria Militar  
[lmorfer@oc.mde.es](mailto:lmorfer@oc.mde.es)

Publicado en la revista Centro Veterinario, septiembre-octubre, 2005

El próximo cuatro de octubre los veterinarios honraremos una vez más a nuestro Patrón. No se trata de rehacer, en el marco de este artículo, la historia de la conversión de San Francisco que, por lo demás, puede encontrarse en todas sus biografías. Nos proponemos sencillamente extraer sus líneas directrices y determinar su desenlace en el contexto de la profesión veterinaria. Éste fue, en efecto, el punto de arranque de la nueva «forma de vida» legada por Francisco a los que quisieran beneficiarse de su propia experiencia espiritual, y que con acierto los veterinarios españoles escogieron como patrono. Atrás quedaron otros como San Antón y San Eloy, más enraizados con el objeto profesional que con el sujeto, es decir: el hombre que ejerce en plenitud y dificultad la ciencia y el arte de la veterinaria. Esta figura de la santidad cristiana constituye un hito decisivo en la historia, irradia una gran autoridad y lleva consigo el fruto de la paz. Ello se debe sobre todo a la sencillez de su mensaje, y también a su universalidad. Toda persona preocupada por el sentido del universo y de la naturaleza de las cosas puede reconocer en él una parte de su propia profundidad, referida a la existencia de un ser superior al que los cristianos llamamos Dios.



### Datos biográficos

Francisco Bernardone nació en Asís hacia el fin del año 1181 o comienzo del 1182. Pietro, su padre, era un acaudalado comerciante en paños que se hallaba en Francia, en viaje de negocios, cuando Pica, su esposa, dio a luz a este hijo al que se impuso el nombre de Juan. El padre, a su vuelta, le añadió el de Francisco en recuerdo del bello país que acababa de visitar. Ayudó a su padre, veneró a su madre y tuvo éxito con los amigos. Su juventud se halla envuelta en la vida febril de su ciudad. Los biógrafos (Cuthbert, Englebert, Joergensen, Timmermans) y los historiadores (Sabatier, Esser, Manselli) destacan la fuerza festiva de este primer impulso. Unos lo captan en la verdad de una imaginación plena de salud natural, en tanto que otros se aproximan a él con el rigor de los hechos. Francisco, entre el sueño y la realidad, deja correr su adolescencia. Hace cantar a las fuentes heroicas (Tomás de Celano, San Buenaventura) y conjuga su arquetipo con las aspiraciones de la época. Caballería, honor, valor, gloria, generosidad, libertad, fidelidad, lealtad: un arco iris demasiado vivo marca el alma de este joven campeón.

Los años jóvenes pasan cuando sobreviene el fracaso en la guerra contra Perusa, con su cautiverio y enfermedad (1202-1205). El hechizo se rompe y el héroe juvenil muere y deja su puesto a un extraño personaje que se fragua en el silencio. La luz que le invita a la transformación apaga el fuego de las fiestas pasadas. Si esa luz no brilla intensamente, es porque su fuente está oculta. Francisco se vuelve a ella para descubrirla. Esto le hace entrar en conflicto con su padre Pedro, con sus amigos y consigo mismo. Pietro Bernardone, absorbido por sus negocios, dejó la educación del niño en manos de Pica, mujer de gran virtud, que se entregó de corazón a cometido tan delicado; y tan bien logró formar el alma de su hijo que cuantos conocían la conducta de Francisco le presagiaban el porvenir más halagüeño. La instrucción que recibió del sacerdote de la pequeña iglesia de San Jorge tendía a preparar al futuro comerciante, pues aprendió con él lectura, escritura y cálculo, aparte de algunas

nociones de latín. El mismo Bernardone debió enseñarle la lengua que él a su vez aprendiera en sus permanencias en Francia. Y muy temprano, apenas salido de la infancia, hacia los quince años, se vio Francisco asociado al negocio de su padre. El joven comerciante se manifiesta hábil y afortunado, pero al mismo tiempo sigue los impulsos de su temperamento ávido de gloria y de placer. No había cumplido aún los veinte años, cuando estalló la guerra entre Perusa y Asís. Hasta tal punto se siente atraído por la carrera de las armas que se alistó, siendo hecho prisionero en 1202. Recobrada la libertad a fines de 1203, volvió a su vida habitual.

Su ardor belicoso vuelve de nuevo a despertar al anuncio de una expedición militar a Apulia. Sonríe a Francisco el dorado ensueño de hacerse armar caballero en el campo de batalla, combatiendo a las órdenes de Gualtiero III de Brienna, y con esta ilusión parte; pero muy cerca todavía de Asís, en Espoleto, una visión le orienta hacia otro destino, y bruscamente vuelve a su ciudad natal. En 1206 se entrega totalmente al servicio de Dios y renuncia a la herencia paterna para llevar durante dos años una vida eremítica, dedicado a reparar las iglesias de San Damián, San Pedro y Santa María de los Ángeles, capillita esta última donde, a fines del 1208 o comienzos del 1209, comprende plenamente su vocación. Por este título la humilde capilla ha merecido ser considerada como cuna de la Orden de Frailes Menores.

### Vigencia del movimiento franciscano

Si los veterinarios españoles adoptaron, sin dudar hace más de sesenta años, poner la profesión bajo el amparo y tutela de San Francisco, en la actualidad y desde hace una treintena



Foto 3. Talla en madera. Francisco y el lobo de Gubbio. Capilla de la

años, los historiadores, religiosos o profanos, han renovado la comprensión interna e institucional de la persona y de la obra de Francisco de Asís, situándolas en sus contextos socioculturales e incluso económicos y políticos. Este nuevo modo de comprensión aplica a la singularidad de Francisco los métodos de la escuela histórica francesa (representada hoy en día por Braudel, Duby, Le Goff, Delumeau). De esta manera quedan superadas las biografías documentales, pietistas, poéticas, infantiles o románticas, más relacionadas con la leyenda que con las fuentes documentales, y que muchas veces traiciona en las homilias a los presbíteros, los cuales no aprovechan el momento que les brinda nuestro Patrón para dirigir de forma novedosa un mensaje actual a los veterinarios. Digamos, para aclararlo con una imagen gráfica, que Francisco no vivió en tiempo de Julio César o de Francisco I, sino muy concretamente en tiempo de San Luis. Francisco vivió con los pies en el suelo y logró trascender (ascender) Este recurso al entorno terrestre ha sido tildado a veces de naturalismo. Tal crítica depende y es signo de una teología dualista de la naturaleza y de la gracia. Dicho aún más radicalmente, del desconocimiento del cristianismo como «economía en la historia» y de la histórica y tradicional escasa simpatía de la Iglesia por la arquitectura anímica de los animales. De hecho la renovación en el seno de la Iglesia, para común beneficio del teólogo, del historiador y

del militante de base (como se dice en el lenguaje actual), se entrecruza con el citado método. En el Concilio Vaticano II, la Iglesia se ha definido, no ya como una ciudadela intemporal, sino como comprometida por su mismo ser en el mundo, y en el mundo de la historia la Iglesia encuentra su lugar, su lugar constitucional, en el mundo y, para arraigarse en él, sale de sí misma, por así decir, a fin de encarnar en él la Palabra de Dios. Y es así, mediante su compromiso con un mundo medieval y feudal en mutación, como comprendemos a Francisco, su forma de vida, su carisma, su proyecto evangélico, sin detrimento alguno para la causalidad «sobrenatural», pues ésta se encarna, se expresa y se descubre en estas situaciones observables. He aquí brevemente cómo.

Francisco de Asís nace, como diría nuestro Maestro Laín Entralgo, en cuerpo, alma y persona, y yo añadiría que en inspiración y decisión, en el seno del gran movimiento evangélico que captó a la comunidad cristiana a lo largo del siglo XII y que llegó a su apogeo alrededor del año 1200, en los albores de una incipiente revolución científica cuyas bases las iba a sentar cuatro siglos después otro compatriota suyo, Galileo Galilei. Historia secreta y turbulenta a la vez,

cuya complejidad y accidentada trayectoria no deben disimular su intensa y lúcida unidad: el Evangelio, tomado como la referencia absoluta de una buena noticia, por encima de estructuras institucionales, por muy legítimas y necesarias que fuesen. El consentimiento, no sin dificultades, de Inocencio III a los requerimientos de Francisco confiere fundamento y legitimidad a su compromiso radical. Conocido es el diálogo entre estos dos hombres, tan distintos en su espíritu y su poder. Toda la historia, incluidas sus ambigüedades, arranca de ahí.

¿Qué coyuntura integra, implícita pero decididamente, el entorno del propósito de Francisco? Desde hacía varias décadas, el régimen feudal, bajo el cual el mundo de la nobleza y la Iglesia habían vivido benéficamente durante cuatro siglos, se encontraba en decadencia; su mismo triunfo lo entorpecía, lo hacía inoperante ante las necesidades, aspiraciones y problemas de una sociedad nueva. La contestación se generalizaba, llegando hasta la insurrección y el derrocamiento de los poderes establecidos. Poco a poco aparecieron los cuadros de esta sociedad nueva, las cofradías y posteriormente los gremios profesionales, los espacios políticos y las comunidades culturales llamadas «universidades». En estos tres casos, el dinamismo y la creatividad no actuaban ya verticalmente, en el ámbito de la fidelidad sacral a las dependencias entre señores y vasallos o siervos, sino horizontalmente, en una solidaridad cuya toma de conciencia favorecía la promoción de personas libres en sus «comunidades», aunque justo es reconocerlo, con algunas dificultades de la sociedad estamental, pues el Medioevo no es el Renacimiento y este no es la Ilustración.

En los tres sectores, empezando por las relaciones de producción, el paternalismo cedía a una «fraternidad» igualitaria. Esta socialización de bienes y personas se implantaba con normalidad en las nuevas ciudades, en las cuales el mercado desencadenaba movimientos innovadores lejos de la estabilidad rural de los monasterios. Los progresos técnicos transformaban la vida diaria, innovaban la concepción del trabajo a la vez que las relaciones humanas; las profesiones podían convertirse en lugar de santificación, cuya perfección había estado condicionada hasta entonces por la «huida del mundo». Los «burgueses», en el sentido original de la palabra, formaban los cuadros de mando y eran los animadores de la nueva sociedad; los siervos venían a la ciudad para conseguir la libertad y estaban aguijoneados por el deseo de abrirse a la cultura. A la «beneficencia» y a la «caridad» se sobreponían las exigencias de la justicia, (justicia distributiva) con sus derechos y funciones. La palabra «nuevo» se pronunciaba en todas partes, sin excluir el campo de las artes y de la poesía religiosa. El ejercicio de la medicina animal se encontraba en Italia todavía atomizado, disperso y sin reglamentación alguna.

He aquí, pues, a Francisco; puede vérselo en cada uno de los puntos de nuestra evocación: hijo de un burgués de Asís, comprometido en los mercados de su padre, circulando por las ciudades, cantando la naturaleza no ya como un símbolo sino como una realidad carnal en honor del Señor, trovador de la alegría, reclutando a sus compañeros entre la generación joven, rehusando las jerarquías autoritarias, molesto para muchos al dar testimonio de la Palabra de Dios, anunciando la Buena Nueva de una forma tan peculiar y quizá tan poco ortodoxa para el momento. «¡El mundo era su celda y el océano su claustro!» nos dice Mateo de París, contemporáneo suyo, o como remacha inmejorablemente Tomás de Celano, él es el «hombre nuevo» (*homo novus*) y con el paso del tiempo, el movimiento franciscano se transforma en una «santa novedad» que se me antoja de revolucionaria (*sancta novitas*). En la iniciativa de estas situaciones y de estas decisiones, aparece su carisma que es en definitiva la vuelta al Evangelio puro, cuyos axiomas primordiales son la *fraternidad* y la *pobreza*. Francisco recreó la palabra «hermano». Él es el «Poverello», pero no lo olvidemos, muy rico en amor. Pudo ser difícil institucionalizar en «una Orden» el carisma de Francisco. Pero ese carisma tiene valor perenne, y aún más hoy día, en una coyuntura análoga. Él nos hace meditar en una sociedad como la actual, hedonista y materializada, cuyo protagonista es el “hombre light” como tan acertadamente nos describe Enrique Rojas; Francisco llega a conmover los cimientos del relativismo -cuando hoy Benedicto XVI pone nuevamente el dedo en la llaga- y sus derivaciones de la cultura del “pelotazo” y del “todo vale”.

## La personalidad de Francisco

No se trata de presentar un estudio exhaustivo de la personalidad de Francisco. Nos contentaremos con señalar ciertas características fundamentales que reagrupan los elementos suministrados por las fuentes documentales sobre lo que fue Francisco en su juventud y que pueden emular los veterinarios actuales. No sería difícil, por otra parte, probar que él siguió siendo el mismo después de cumplir sus veinticinco años, y esto incluso en los defectos de sus cualidades. La frase de Píndaro: "Llega a ser el que eres" es sumamente atractiva y encierra un verdadero reto para el historiador. Pero esto sería el objeto de otro estudio, y muy atractivo por cierto. De Francisco de Asís podemos destacar:

### 1. Una personalidad muy fuerte

Esto llama la atención desde un principio. En cualquier circunstancia, Francisco está siempre *seguro de sí mismo*. La primera «palabra» suya que nos ha conservado la *Leyenda* es su réplica a un compañero de cautividad en los calabozos de Perusa. Intérprete de la opinión general, éste le reprochaba su jovialidad y le trataba de cabeza de chorlito. «¿Por quién me tomáis?» -replicó Francisco de inmediato-. Día llegará en que seré honrado en el mundo entero». Su segunda palabra también testimonia la misma jactancia: «Sé que he de llegar a ser un gran príncipe» Y para llegar a este alto rango, él, simple hijo de burgués, no duda en pretender el título de caballero.

Francisco es resueltamente *no-conformista*. No sigue la moda ni la opinión ajena, sino que las crea, tanto por sus extravagancias en el vestir como por su negativa a plegarse al parecer de otros: en la prisión de Perusa, una vez más, Francisco fue el único, contra todos los demás, que se negó a hacerle el vacío a uno de los caballeros, y siguió tratándolo como a un amigo e invitó a los otros a que hicieran como él. Sin duda, lo consiguió, pues siempre se le ve *imponerse*. Se impone al grupo de compañeros que lo rodean y lo imitan, y forman su cortejo cuando, altivo, altanero y dominador, marcha por las plazas de Asís. Y se impone también a sus padres, que «le tenían mucho cariño, no querían disgustarlo y le consentían tales demasías»

Durante el largo proceso de su conversión (1203-1208), «a nadie manifestaba su secreto, ni se valía en todo esto de otro consejo que el de sólo Dios... y, a veces, del que pudiera darle el obispo de Asís» Cuando más tarde tuvo la responsabilidad de dirigir a los hermanos, Francisco mismo nos dirá: «Nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio». Fue tenaz en el propósito, firme en la virtud, perseverante en la gracia, *el mismo en todo*, como dijo Píndaro. La oposición a sus iniciativas no hace más que reforzarlo en su resolución. Ni las persecuciones de su padre ni los cariñosos reproches de su madre consiguen «hacerle mudar de propósito», como tampoco consiguen hacerle «claudicar ni titubear» los malos tratos que recibe de parte de sus antiguos amigos o de sus conciudadanos. Así, tal cual, permanecerá durante toda su vida, con una voluntad férrea, infatigable al desaliento. Es evidente que hay que responder afirmativamente a la pregunta y sospecha de F. De Beer: «¿Tendría, pues, Francisco un carácter autoritario, incluso dictatorial? No está descartado, porque no sólo aparece como un ser de acusada personalidad, sino también como quien impone a los otros sus propios caprichos».

### 2. Un ser extrovertido

En el sentido etimológico de la palabra, Francisco es un hombre «vuelto hacia el exterior». Todo al contrario de aquel que permanece «encerrado en sí mismo», Francisco está abierto a los otros y al mundo. Tiene naturalmente necesidad de compartir, de estar en comunión con el otro y con todo. Tiene el don de la «*simpatía*», de «sentir-con» el otro y, consiguientemente, de ir hacia él. Hacia aquellos caballeros de los que quiere ser émulo: por ejemplo, hacia aquel a quien sus iguales hacen el vacío en los calabozos de Perusa, o hacia aquel que tan triste figura hacía con su indumentaria, en vísperas de partir para la Pulla. Esta «simpatía» se dirige hacia aquellos que sufren. Se hace «*conmiseración*», muy especialmente para con los pobres: ella lleva a Francisco a «ponerse en su lugar», literalmente, hasta el punto de hacerse mendigo con ellos en el atrio de San Pedro. Francisco se hace solidario.

Pero su simpatía es universal: «Era naturalmente cortés en modales y palabras y una persona educada» Ama la vida, la vida a lo grande, y se complace en ella. «Alegre», «generoso, incluso «pródigo», «dado a juegos y cantares», «locamente vanidoso», son algunos de los calificativos repetidos con frecuencia por los biógrafos, que nos presenta a Francisco «de ronda noche y día por las calles de Asís escoltado por un grupo de compañeros». En una palabra, Francisco es un hombre que necesita prodigarse, o mejor, *darse*. Darse a las grandes causas, como la de su ciudad en guerra contra Perugia. Darse a un ideal, como el de la caballería, en la que pretendía ser admitido para hacer en ella una carrera de príncipe. Pronto lo veremos a la búsqueda de «su Señor», y toda su vida no será más que el don de sí mismo a ese Señor, una vez que lo haya encontrado.

### 3. Un hombre de acción

Francisco es ciertamente un idealista, pero no un soñador. El atractivo del ideal pone de inmediato en acción todas sus energías. Se lanza a la acción para conseguir cuanto antes el objetivo que se propone, trátase de la gloria de la caballería o del vasallaje respecto de Cristo. «Se levanta», «se pone a...», «inmediatamente», «al momento», «sin tardanza», «no dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy», son expresiones repetidas con frecuencia para caracterizarlo. En su diálogo con el desconocido que le habla en sueños en Espoleto, espontáneamente Francisco desciende a lo concreto: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Y, «apenas amaneció», obedeció y «se volvió a Asís a toda prisa». A la orden que le da Cristo de «reparar su casa», contesta inmediatamente: «De muy buena gana lo haré, Señor» Y al instante «se levanta» y toma sus disposiciones para emprender la restauración de la capilla. Durante su comparecencia ante el tribunal episcopal, no se para en barras ni se contenta con devolver el dinero a su padre: ¡le devuelve incluso sus vestidos!. Apenas escuchado y entendido el evangelio de la misa de san Matías, «al momento» pone en práctica lo que acaba de aprender y comienza «sin demora» su misión apostólica. La noche en que Bernardo le consulta sobre el proyecto que tiene para seguirle, Francisco resuelve sin titubear: «Mañana muy temprano iremos a la iglesia y conoceremos por el libro de los evangelios lo que el Señor enseñó a sus discípulos» Y, hallado el texto, ordena inmediatamente a Bernardo y a Pedro: «Hermanos...id, pues, y obrad como habéis escuchado».

### 4. Un hombre de reflexión

Francisco era «enérgico y eficaz en la acción», pero también «prudente en la reflexión». «De sutil ingenio», su fogosidad natural no le impedía la deliberación. «Entra en sí mismo», «se pone a pensar», son igualmente expresiones frecuentes del recopilador. Sigue en esto al *Anónimo de Perugia*, el cual se complace en corregir respecto a este punto el retrato de juventud de un Francisco impulsivo y desordenado que nos había dejado Celano.

Por haber rechazado a un pobre que le pedía limosna «por amor de Dios», Francisco se sintió movido a entrar dentro de sí mismo y a reconvenirse por su acción, tras de lo cual tomó la decisión de extender a los desgraciados la liberalidad y cortesía que solía tener con los grandes. Después del sueño de las armas, Francisco «vuelve y revuelve el asunto en su mente» buscando el sentido que debe darle; el sueño de Espoleto, por su parte, lo sumergió en una reflexión tan profunda «que aquella noche no pudo reconciliar el sueño».

En el tiempo en que trabajaba como albañil en la reparación de San Damián, «se detuvo a reflexionar» sobre el trato privilegiado que le dispensaba el sacerdote, y se dirigió a sí mismo todo un sermón: la consecuencia fue mendigar en adelante él mismo su comida. Poco familiarizado todavía con la Escritura –Francisco no era sacerdote, sino diácono–, se hizo explicar por el mismo sacerdote el evangelio escuchado en la misa, para «comprenderlo mejor» antes de conformar a él su vida. Consultado él mismo, a su vez, por Bernardo, el primero de sus discípulos, «sobre el mejor modo de disponer de sus bienes», Francisco le contestó que era al Señor a quien había que consultar, y que irían juntos a buscar su respuesta en el Evangelio. Todo esto nos prueba bien que el acero de su voluntad estaba templado en la reflexión. Impulsivo por temperamento, Francisco aprendió, a lo largo del duro noviciado de su conversión, a desconfiar de su primer impulso y a buscar la inspiración divina en la oración y en la reflexión.

Estos rasgos fundamentales de la personalidad de Francisco están ya presentes en el retrato con el que el autor de la *Leyenda de los tres compañeros* abre su relato. Vamos a ver que Dios hace «de estas virtudes naturales» como «peldaños» para elevar al joven hasta Él.

## 5. Cómo amaba San Francisco a las criaturas

San Francisco no amó a los hombres por los hombres y por la satisfacción de sentirse bueno, como ciertos filántropos modernos. Los amó, sobre todo, por amor de Dios. Ni los amó sólo por agradar a Dios, como ciertos ascetas antiguos y modernos. Los amó como a obras singulares y estupendas de Dios, pues lo raro y propio de la conversión de San Francisco, como justamente se ha dicho, fue que la religión no levantó una barrera entre él y la tierra, antes transformó la tierra y las criaturas todas y enseñó el modo de amarlas y convertirlas en fuentes de gozo. El estigma platónico y de la enseñanza de la Iglesia de subordinar los seres vivos al dominio del hombre no encontró eco en nuestro Santo. Él los colocó a su lado a los otros “hermanos vivos” Su amor para con las criaturas crece al paso que se eleva su espíritu. Conforme va desprendiéndose de la tierra, San Francisco la mira con más ternura. Tanto es menor el miedo que tiene de amar cuanto su corazón adquiere pureza más transparente. Al estudiar la compleja personalidad de San Francisco, tan compleja y sobremanera rica que dice siempre algo nuevo a todos sus biógrafos, se han de tener presentes dos puntos: ama la vida, pero de un modo sobrenatural; se crucifica con Cristo, pero sin desprestigiar la vida, como así se representa en los bellos iconos que posee la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Zaragoza (foto 1). Quien, de estos dos términos, pierde de vista el primero, se forja un San Francisco poeta sentimental al uso de los turistas del presente y pasado siglo; quien olvida el segundo, obtiene un San Francisco marchito y triste al uso de ciertos pintores del XVII o de ciertos manuales de piedad del XIX, como muy bien podemos contemplar en las pinturas y tallas de esa época. Francisco rebosaba amor, alegría y energía.



Foto 1. Hermoso fresco de la Cúpula de la capillita de la Facultad de Veterinaria de Zaragoza. En ella aparece San Francisco con las llagas de Cristo

Así como San Francisco ama a Dios en el obrar y en el padecer, así también concretamente ama las criaturas con amor particular y universal a la vez, que llega a todos y a cada uno, como el sol. Los veterinarios hemos de ver en Francisco el instrumento que sentó las bases del prestigio de la futura medicina animal. Prestigio al que la jerarquía de la Iglesia no contribuyó durante siglos. Con caridad –amor- que se renueva y especifica en cada caso, San Francisco ayuda y consuela al leproso que se pudre y blasfema, a la viejecita que desconfía de la limosna, a la joven patricia que huye de su palacio para consagrarse a Dios, al obrero que maldice del patrón, al muchacho que vende las tórtolas, al corredor que lleva al mercado los corderos, al caballero que le hospeda, al prelado que lo rechaza, al sultán que puede condenarle a muerte, a la mujerzuela que le cuenta sus cuitas, al podestá que lucha con el obispo. Ama al pueblo de Asís, como a los musulmanes fronterizos de Europa; a los comunes itálicos, desgarrados por los bandos, como a Hungría y Alemania, que apalean a sus frailes, como a la Francia de las canciones de gesta, y cuna, tal vez su madre le cantó. Todo pueblo es su prójimo –su próximo-, mas un solo país es su patria: aquel donde ha echado las raíces de la

Orden franciscana, donde nace y donde quiere morir. Prójimos, y tanto que los llama hermanos por su proximidad, considera los gorriones y las abejas, y los nutre en invierno; los corderos, y los rescata; las tórtolas, y les fabrica el nido; los gusanillos, y los pone a salvo; las plantas, que no quiere cortar; la llama, que no quiere extinguir, el lobo de Gubio al que amansa en una sola sesión y lo reconcilia con sus vecinos. Para los hombres como para las criaturas inferiores, para las cosas grandes como para las pequeñas, su amor es siempre de amplísima previsión. Siente necesaria a su apostolado la autorización de la Iglesia, y al punto se encamina a Roma y se presenta al Pontífice con la sencillez de un niño y la intrepidez de un capitán. Comprende la singularísima vocación de Clara, joven noble, y no teme favorecerla y protegerla contra las iras de amigos y familiares. Ve la decadencia de las Cruzadas, y se dirige a Tierra Santa antes de predicar su rescate. San Francisco es llamado a obrar en la realidad con la *virtus* propia de los genios de la acción. Como los grandes *volitivos*, no deja pasar un instante, un hecho, un hombre sin investirlo de su fe, ni una sola ocasión sin plegarla a su fin.

El secreto de su fuerza, así en la predicación como en el apostolado menudo, está en ser Francisco humilde y coherente, intuitivo, volitivo y reflexivo; en descender al nivel de sus oyentes e ir derecho al centro de sus deseos para trocarlos y enderezarlos a Dios. Caballeros y damas se hallan reunidos para un bautizo caballeresco; sus sueños son de gloria y amor, y Francisco se introduce con una canción de gloria y amor; los ladrones de Montecasale tienen hambre, y ordena salirles al encuentro con pan y vino; el cura de Rieti tiene su viña en el corazón, y lo conquista con unas mosterías abundantes; al dueño del cerdo, al que uno de sus seguidores le corta una pata para dar de comer a un pobre, lo conquista por amor logrando su comprensión.

## 6. Francisco y su amor por el medioambiente

Ahora que la preocupación por nuestro entorno parece que resurge como el Ave Fénix y que los medios de comunicación prestan tanta atención a nuestros montes, parque naturales, humedales y otros peculiares biotopos y biocenosis podemos convenir que nuestro protagonista fue un adelantado a su tiempo. En las “Florecillas” de San Francisco dedicadas a sus hermanos se hacen numerosas referencias a las maravillas que nos ofrece la naturaleza, la admiración por los animales y las plantas y el cuidado que hemos de tener para con nuestros irracionales hermanos. Podríamos decir que Francisco era un amante de la naturaleza y de su biodiversidad. No sería aventurado apuntar que estamos ante el primer “ecologista” respetuoso con su entorno. Seguramente, sin pretenderlo, los veterinarios acertaron una vez más en la elección de su patrono.

## 7. Agradecimiento de los veterinarios a San Francisco

Si como hemos apuntado más arriba el movimiento franciscano es universal y su reconocimiento se demuestra por la numerosísima bibliografía al respecto, no es menos cierto



Foto 2. Tríptico en honor de San Francisco. Facultad de Veterinaria de Zaragoza

que el mundo del arte, la literatura (La balada de Caperucita, de Federico García Lorca), la escultura y pintura han hallado en Francisco de Asís un motivo de inspiración. El tema de San Francisco de Asís según la visión del papa Nicolás V fue tratado por Zurbarán en tres ocasiones. Los lienzos se encuentran respectivamente en el Museo de Boston, el de Lyon y en el Museo de Arte de Cataluña, siendo éste último el mejor de la serie. La magnífica talla de San Francisco expuesta en el tesoro de la Catedral de Toledo y los dibujos de Belliure contribuyen a agigantar su obra. Pero no es menos cierto que los veterinarios también hemos aportado nuestro granito de arena al permitir que numerosas clínicas veterinarias de nuestros compañeros lleven su nombre y

que en otros tantos despachos y consultas figure la imagen del Santo. También nos llena de gozo saber que en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza existen unos magníficos iconos de San Francisco que amorosamente conservados se encuentran en la capillita del centro

universitario (foto 1, 2 y 3), en una de las espectaculares vidrieras que adornan y dan luz a la escalera principal (foto 4) y en el espectacular despacho del Sr. Decano (foto 5). Esta es otra forma de engrandecer el patrimonio universitario y profesional de los veterinarios españoles. A los más jóvenes les servirá de referencia saber que San Francisco es el prestigioso Patrón de los veterinarios, y a los estudiantes recordarles que San Antón, San Eloy y otros Santos tienen otras preocupaciones “profesionales” que no son del caso explicar aquí.

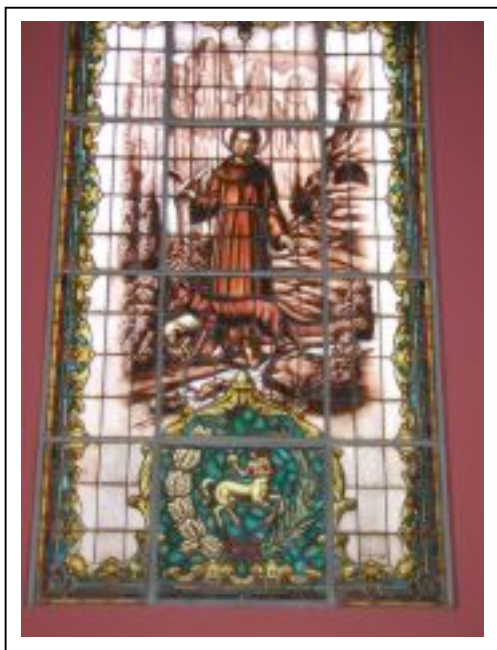


Foto 4. Vidriera central de la escalera principal.  
A los pies de San Francisco aparece el centauro Quirón, padre de la medicina animal



Foto 5. Óleo. Francisco y el lobo.  
J. Belaganz. 1948



<b>Algunas fechas principales en la vida de San Francisco</b>	
•	1182 Nacimiento de Francisco en Asís. Sus padres son Pietro Bernardone y Madonna Pica.
•	120 Guerra entre Perusa y Asís. En la batalla de Collestrada Francisco cae prisionero.
•	1203 Francisco, liberado de su cautiverio, regresa a Asís.
•	1204 Larga enfermedad de Francisco.
•	1205 Francisco parte para la Pulla, enrolado en el ejército. En Espoleto tiene el sueño que dará otro rumbo a su vida. Comienza la fase inicial de su conversión.
•	1206 Por el mes de marzo, ante el tribunal del obispo de Asís, renuncia a los bienes paternos y a la familia.
•	1206/1208 Trabaja en la restauración de las ermitas de San Damián, San Pedro y Santa María de los Ángeles o de la Porciúncula.
•	1208 Por el mes de abril, oyendo misa en la Porciúncula, escucha el evangelio del envío de los discípulos en misión, en el que descubre su vocación. Poco después empiezan a unírsele compañeros.
•	1209 Francisco hace escribir la "forma de vida". En primavera, el Papa Inocencio III la aprueba verbalmente.
•	1217 En Pentecostés, se celebra en la Porciúncula el primer Capítulo General propiamente dicho. La Orden se divide en 12 Provincias.
•	1219 Después del Capítulo General de Pentecostés, Francisco se embarca para Acre y Damietta, y se entrevista con el Sultán de Egipto.
•	1220 Francisco regresa a Italia. A petición del Santo, Honorio III nombra al cardenal Hugolino protector de la Orden. Francisco deja el gobierno de la misma.
•	1221 El Capítulo de Pentecostés estudia la Regla escrita por Francisco (llamada primera Regla o Regla no bulada), y le pide que redacte otra más breve.
•	1223 Francisco compone la Regla definitiva en Fonte Colombo, que es aceptada por el Capítulo y aprobada por el papa Honorio III. Celebración de la Navidad en Greccio.
•	1224 En el mes de septiembre, impresión de las Llagas de la Pasión de Cristo, en el monte Alverna.
•	1226 En el mes de abril, se agravan sus enfermedades. De regreso a Asís, finalmente se hospeda en el palacio episcopal.
•	1226 El sábado día 3 de octubre, hacia las 19 horas, muere Francisco a la edad de 44 años, en la Porciúncula.
•	1228 El 16 de julio, Gregorio IX canoniza a Francisco en Asís.